

¿Por qué tu club de tenis es el mejor?

Sócrates: ¿A dónde vas tan deprisa, amigo Fred?

Fred: A jugar al tenis.

Sócrates: ¿Y dónde juegas?

Fred: ¡Pues en el mejor club de tenis de la ciudad, por supuesto!

Sócrates: ¡Ah!, entonces, ¿sabes cuál es el mejor?

Fred: Claro que sí.

Sócrates: Esto me interesa. He preguntado tantas veces en vano lo que hace que las cosas sean buenas... Estoy contento de haber encontrado a alguien que lo sabe, incluso si no se trata más que de tenis. ¿Puedo preguntarte algo?

Fred: Te lo ruego.

Sócrates: Dime, buen amigo, ¿por qué tu club de tenis es el mejor?

Fred: Porque allí se pueden entablar muy buenas relaciones.

Sócrates: ¿Qué clase de relaciones? ¿Las relaciones que permiten jugar al tenis?

Fred: ¡Ah, relaciones, simplemente!

Sócrates: ¿Cómo dices? ¿Es que no vas al club para jugar al tenis?

Fred: Sí, también.

Sócrates: Pues entonces, explícame, querido Fred, por qué tu club de tenis es el mejor para jugar.

Fred: Pues porque allí se encuentran los mejores jugadores.

Sócrates: Es una respuesta convincente. Pero, todavía he de preguntarte: dime, querido amigo, suponiendo que todos sean mejores que tú, ¿alguna vez te ha ocurrido que los mejores jugadores quisieran jugar con aquellos que juegan mucho peor que ellos?

Fred: Ciertamente, no.

Sócrates: No sería, pues, más justo jugar en un club donde los jugadores sean peores que tú.

Fred: En apariencia sí, pero entonces no aprendería nada.

Sócrates: Es verdad. Entonces, ¿vale más jugar en un club en el que te encuentras de golpe con buenos jugadores?

Fred: Es evidente.

Sócrates: Exactamente, ¿qué quiere decir buenos jugadores? ¿Jugadores que creen serlo o bien jugadores que lo son, considerándose a sí mismos los mejores?

Fred: Los que creen y los que lo son, ya que los otros rechazarían jugar conmigo.

Sócrates: ¡Ay, admirable amigo!, ¿qué acabas de decir? ¿Es que acaso has oído a alguien que sea tan generoso que no diga a otro que es el mejor?

Fred: Es muy verdad lo que dices.

Sócrates: Esa gente no tendría ganas de jugar contigo. ¿Con quién jugarías entonces si los que crees que son tan buenos como tú, creen ser demasiado buenos?

Fred: Con los más malos, con los que creen ser tan buenos como yo.

Sócrates: Pero entonces, no aprenderás nada. Y además, si se dan cuenta de que son peores, no se pelearían por jugar contigo, porque querrían que se les tomase por personas que juegan tan bien como tú.

Fred: Evidentemente.

Sócrates: Así pues, tu club no es el mejor por sus jugadores.

Fred: Pero se convocan concursos y eliminatorias que permiten desempatar.

Sócrates: ¿Y no te has dado cuenta de que este tipo de competiciones conlleva una serie de discrepancias; y que, a los ojos del perdedor, siempre es culpa de la suerte o de la falta del árbitro por quien se pierde; y que, a la inversa, los ganadores no se dan prisa por jugar la revancha?

Fred: Por supuesto, pero para eso tenemos un entrenador en el club.

Sócrates: ¡Ah, de acuerdo! Piensas que el mejor club es en el que el entrenador tiene la última palabra.

Fred: Sí.

Sócrates: ¿Y cuando el entrenador no dice lo que tiene que decir?

Fred: Evidentemente, pienso en el club que tiene el mejor entrenador.

Sócrates: ¿Qué entiendes por el mejor entrenador?

Fred: Aquél que imparte las mejores clases.

Sócrates: Pero, si no tiene nada que decir, ¿de qué te sirve?, ¿crees que encontrará jugadores frente a quien tú puedas demostrar tus progresos?

Fred: Ciertamente es el trabajo del entrenador el que establece una buena clasificación.

Sócrates: Oh, querido amigo, cuanto más me explicas las cosas, menos las entiendo. Por favor, te lo ruego, no te enfades, pero dime en qué consiste una buena clasificación.

Fred: ¿Qué quieres decir?

Sócrates: Quisiera saber si una buena clasificación es en la que el mejor jugador está en primer lugar y el peor en el último puesto.

Fred: Creo que así es.

Sócrates: Pero ¿alguien sabe quién es el mejor o el peor cuando no se juegan partidos eliminatorios?

Fred: El entrenador es quien lo decide.

Sócrates: ¿Y él lo sabe?

Fred: Por supuesto que lo sabe.

Sócrates: Pero nunca has oído decir que algunos entrenadores inteligentes no establecen su clasificación de esta manera, sino que lo hacen en función de la táctica.

Fred: Sí.

Sócrates: Así pues, si el jugador que peor juega está situado delante del que es mejor que él, ¿no crees que tendría un gran interés en evitar cualquier confrontación con el adversario?

MÁRGENES DE LA PSIQUIATRÍA

Fred: Evidentemente.

Sócrates: Una clasificación inteligente tiene, por tanto, como efecto que algunas confrontaciones serias son posibles difícilmente, con lo que se daña al deporte.

Fred: Eso me parece una gran verdad.

Sócrates: ¿No merecería más la pena pertenecer a un club donde no se organicen partidos serios, sino más bien partidos de entrenamiento?

Fred: Eso me parece convincente.

Sócrates: Pero ¿crees verdaderamente que eso sirve de algo? ¿Piensas que no se van a «evaluar» esos simples partidos de entrenamiento más que en los vestuarios?

Fred: Tienes razón.

Sócrates: ¿El mejor club entonces sería quizás en el que uno no se juega el todo?

Fred: No, imposible. ¿De qué serviría entonces el entrenador?

Sócrates: Entonces, ¿qué significa propiamente hablando el mejor entrenador? Continuamente has estado diciendo: el que imparte las mejores clases. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Al que se le consideran sus clases como las mejores o al que sus clases son verdaderamente buenas?

Fred: Al que consideramos que sus clases son las mejores y que lo son realmente.

Sócrates: ¿A quién te refieres cuando hablas de «nosotros»? ¿Al comité deportivo?, ¿al presidente?, ¿o a quién?

Fred: No lo sé muy bien.

Sócrates: Creo que son todos aquellos con los que el entrenador juega, ya que saben cómo son sus clases.

Fred: Podríamos pensarlo así.

Sócrates: En consecuencia, ¿el entrenador juega de la misma manera con todo el mundo? ¿No es más que una máquina?

Fred: No. Cuando le parece que tiene que entregarse a fondo, sus clases son mejores.

Sócrates: ¡Mejores clases! Pero, ¿qué quieres decir con eso?

Fred: Simplemente cuando el entrenador está entregado de lleno y no flirtea durante sus clases en un rincón con las jovencitas.

Sócrates: ¿No querrás decir que flirtea menos cuando juega con una joven muchacha?

Fred: Así es.

Sócrates: El mejor entrenador es, pues, el que da las mejores clases a las jovencitas.

Fred: Eso me parece.

Sócrates: Pero, reflexiona, ¿verdaderamente crees que se contrata a un entrenador por las jovencitas?

Fred: No.

Sócrates: ¿Quién lo contrata realmente? ¿No crees que son aquellos que tienen más influencia en el club?

Fred: Ciertamente los que tienen dinero, y sobre todo los que llevan más tiempo.

Sócrates: Sin ninguna duda. El mejor entrenador será entonces aquel que juegue con ahínco con los más veteranos.

Fred: No lo sé.

Sócrates: Como ves, las cosas no son tan simples como parecen. Además, quizá sea un entrenador como cualquier otro. Quizá su sola persona no sea decisiva sino que las decisiones dependan de su mujer.

Fred: ¡Oh, sí, es posible! He oído decir que un excelente entrenador había tenido poco éxito porque su mujer no gustaba del todo a la gente.

Sócrates: ¡Ves, así son las cosas! Y así son siempre. Incluso cuando se trata del guardia que se encarga del mantenimiento de las instalaciones. Parece que existe un conflicto indisoluble. Cuando el hombre es buena persona, su mujer es insoportable y cuando su mujer es agradable, ¿no es ella la que toma las riendas? ¿Me equivoco?

Fred: Me parece muy cierto.

Sócrates: ¿Podría preguntarte de nuevo una cosa? ¿Quién es un buen cuidador?

Fred: Oh, simplemente el que cuida bien los campos.

Sócrates: Pero la mejor forma de mantenerlos en buen estado es no utilizándolos.

Fred: Por supuesto.

Sócrates: Entonces, ¿el mejor cuidador es el que prohíbe el acceso a los campos?

Fred: ¿Tiene derecho a hacer eso?

Sócrates: Pues, o bien los terrenos están mojados, o bien están demasiado secos. A menos que se reserven para el siguiente torneo. Siempre existe un pero. El mejor club es en el que la mayoría de los campos no se pueden utilizar.

Fred: No lo creo.

Sócrates: Bueno, ¡dime de una vez cómo es el mejor club! ¡Me estás haciendo un lío! No es en el que se pueden entablar las mejores relaciones ni en el que se encuentran los mejores jugadores, ni el que posee el mejor entrenador, ni el que tiene el mejor jardinero... Entonces, ¿cuál es?

Fred: ¿Quizás sea aquél regentado por el mejor presidente?

Sócrates: Quizá. Pero, dime, ¿quién es el mejor presidente? Aquel del que todo el mundo tiene miedo y manda sobre todo el mundo mientras nadie ose protestar ni perder en los torneos, o bien, aquel que pasa desapercibido.

Fred: Creo que aquel que pase desapercibido.

Sócrates: Entonces, ¿dime por qué está ahí?

Fred: Para hablar de él cuando no esté presente.

Sócrates: Acabas de decir algo muy inteligente. Pero tengo todavía una pequeña duda. Si se dan cuenta de que no está es porque es imprescindible, y ¿crees que él mismo lo sabe?

Fred: Perfectamente.

Sócrates: Y, hasta el momento, ¿has conocido a alguien que sabiéndose imprescindible no ejerza todo su poder sobre los demás?

Fred: Me parece que no.

MÁRGENES DE LA PSIQUIATRÍA

Sócrates: ¿El mejor presidente es aquel que se nota su presencia pero no demasiado?

Fred: Sí, así sería.

Sócrates: ¿Es posible, pues, que el comité deportivo tenga más importancia que el propio presidente?

Fred: Sí, y el comité de festejos.

Sócrates: ¿Por qué el comité de festejos?

Fred: Porque en un club tiene que haber fiestas.

Sócrates: Es cierto. Pero dime, ¿en qué consisten las verdaderas fiestas en un club? ¿No crees que a los ojos de la mayoría de la gente, el mejor club será al que asistan las chicas más bonitas y donde antes y después de un torneo se baile muy alegremente y se beba mucho? ¿Y verdaderamente crees concienzudamente que hacer una fiesta el día antes del torneo es la mejor manera de prepararse para un campeonato?

Fred: La verdad es que no. Pero puede que sea algo bueno. Pues, cuando se pierde, la fiesta parece un poco corta... y además, eso proporciona una buena excusa.

Sócrates: Entonces, fundamentalmente piensas que el mejor club es donde ocurren el mayor número de acontecimientos antes y después de los partidos.

Fred: Sí, estamos de acuerdo.

Sócrates: Pero no habíamos quedado en que se frecuenta un club de tenis para jugar al tenis.

Fred: Bueno, eso es lo que habíamos dicho.

Sócrates: Un día alguien me habló de forma muy diferente de un club. He olvidado dónde se encontraba. Ese hombre me contó lo siguiente: «La primera vez que llegué a un club, vi a un hombre que jugaba muy bien... pero no ocupaba en absoluto el primer puesto. Pregunté quién era. Me comentaron que era el campeón del club. Pregunté con quién jugaba. Oh, con alguien de segunda división. ¿Es realmente cierto?, pregunté con inquietud. Y cuando examiné más adelante y desde dentro el club, tuve la sensación de ser transportado a un mundo al revés. Una vez me hube incorporado, se organizaron unos partidos a fin de evaluar mi fuerza. El entrenador me vio a menudo para echar un vistazo y me propuso nuevos contrincantes. Le observé, fuera de sus clases, ocuparse del entrenamiento del equipo. Observaba con atención, daba consejos tácticos, corregía los golpes, combinaba a las parejas, y, aunque no vayas a creerme, hacía lo mismo con el equipo femenino de segunda».

Fred (interrumpiéndole): ¡Es absolutamente increíble! Me parecía que el entrenador evitaba en la medida de lo posible a los de segunda, y aún más al equipo femenino.

Sócrates: Escucha, déjame continuar, no he terminado aún. El hombre prosiguió: «En otro tiempo, creía que los jóvenes jugaban con pelotas viejas y los más mayores con las nuevas. Aquí, los más viejos daban a los jóvenes pelotas que prácticamente no tenían utilidad. Continuamente se preparaban eliminatorias y todo ello era compartido por los jóvenes. Cuando alguien lograba un punto, no iba a buscar a toda la pandilla para que hiciesen de espectadores. No intentaba, cuando la situación era crítica, irritar al adversario. No afirmaba a menudo que el otro había contado mal o que una pelota que daba fuera una buena. Y cuando, a pesar de todo —lo que era extraño—, ganaba, ¿qué crees que hacía? ¡Pues bien!, preguntaba cuándo tendría lugar el partido de vuelta y, cuando el adversario

estaba de acuerdo, volvían a jugar. Además, existía otra particularidad. Los jubilados organizaban su propio torneo. Imagínate cómo se esforzaban que siempre terminaban siendo los primeros. Nadie esquivaba, nadie se hacía el desdenguado. Al contrario, todo el mundo estaba preparado para jugar en cualquier momento».

Fred (interrumpiéndole): ¿Es verdad? ¿Los hombres de edad eran, pues, diferentes de los jóvenes?

Sócrates: A decir verdad creo que no. Creo que debían ser como semidioses. Y prosiguió su relato: «Sí, a veces tengo la impresión de vivir en un sueño. Lo más bonito del deporte, y sobre todo en el tenis, donde cada uno es un todo consigo mismo, es el hecho de que uno lucha contra otro sin estar demasiado próximo, sin hacerse daño o incluso, sin interferir en el otro. Veo venir otros tiempos en los que el mundo necesite una situación semejante. Cada vez más, los hombres y las colectividades llevan ciegamente su propia lucha por subsistir, sin tener en cuenta a los demás, si no es mirándolos como enemigos. Así es como la competición deportiva educa el sentido de la solidaridad. Los clubes acabarán todos, sin excepción, por tomar en consideración los placeres del juego. En mi opinión, el tenis precisamente hace posible el crecimiento de una participación mundial. Y no únicamente porque los jugadores en activo vienen de cualquier estrato social. El campo de tenis posee la notable ventaja de encajar maravillosamente, gracias a sus dimensiones, en la pantalla de la televisión. Para terminar, veo millones de hombres participar individualmente en sus competiciones, millones de hombres dejándose contaminar. Pues ante ellos se desarrolla un combate que desestabiliza y conduce a la pérdida de la conciencia de sí mismo, descubre y gana una nueva. Los jóvenes y los menos jóvenes encuentran ahí un ejemplo y reconocen en las buenas y en las malas maneras de sus jugadores preferidos sus propias vacilaciones y sus propios logros. Si son espectadores, reforzarán por la impetuosidad de sus aplausos su propia conciencia y la de sus amigos, y, a pesar de eso, aprenderán a hacer juego, a aplaudir el saber y la buena voluntad del contrario. Aprenderán a esperar hasta que un intercambio haya terminado sin molestar a los jugadores con sus aplausos. No aplaudirán la doble falta del oponente y no se enfadarán por una dejada de red imparable. Durante una discusión entre jugadores, los jueces de línea y de partido, desearán fuera de la pasión del juego, no olvidar que el error, que es también suyo, es humano. Algunos desean en su fuero interno ser un Boris o una Steffi, pero sabemos que el deporte nos aporta bonitas horas de nuestra verdadera conciencia. Uno está solo consigo mismo y recompensado por las victorias conseguidas por el coraje, y cuando se pierde, se aprende a no perder ese coraje. Verse a sí mismo y reconocerse —como ocurre con el partido— ¿no es suficiente? O bien, ¿es que lo estoy soñando?».

Hans-Georg Gadamer

* Gadamer, filósofo hoy de reputación mundial, toma como pretexto un deporte que ha practicado toda su vida para construir un irónico «diálogo platónico». Este incomparable profesor, que pronto cumplirá cien años, muestra una vez más su capacidad comunicativa, ahora en este texto que es algo más que una divertida parodia.